

Vengamos, Excmo. señor, á tiempos mas inmediatos á los nuestros y veremos confirmada nuestra proposicion, y quizá de un modo especial y mas concluyente. Por lo mismo que en la última época de la Historia eclesiástica se multiplican las necesidades religiosas y sociales de los pueblos, aparecen un gran número de institutos religiosos que las contrarestan, y al paso que los peligros se aumentan, nuevas órdenes regulares vienen á consolar á la Iglesia.

No puede considerarse sin espanto la terrible tempestad que se levantó contra todas las creencias en el siglo XVI. Este fué el siglo de los grandes errores. Una nube de heresiarcas se conjuraron contra Dios y contra su Cristo, y renovando todas las antiguas herejías, predicaron otros nuevos artículos que atacaban en su base al catolicismo entero. No hubo dogma que no fuese combatido, y los doctores alemanes, discordes entre sí como todos los sectarios, se unian admirablemente para atacar la doctrina de la Iglesia romana, sancionada por el trascurso de los siglos; ¡y en qué circunstancias! ¡y en qué tiempo! Precisamente en una época de agitacion y movimiento, cuando comenzaban las ciencias á tomar un gran incremento, cuando la imprenta estendia por todas partes el pensamiento con la rapidez del relámpago, cuando se acababa de descubrir un nuevo mundo, cuando todo prometia que era llegado el reinado de la felicidad y de la dicha, y que la misericordia y la verdad, la paz y la justicia se iban á abrazar amorosamente. Entonces fué precisamente cuando Lutero y los demas sectarios vinieron á impedir todos estos bienes, á echar por tierra tan halagüeñas esperanzas y á causar á la humanidad todo género de ma-

lores comen en pesebres de ébano, no tienen muchos jornaleros una cama en que descansar de las grandes fatigas del dia. Para remediar la pobreza han acudido los caritativos protestantes al expediente de deshacerse de la poblacion, cuyo aumento reputan una verdadera calamidad para el país, y los mismos que abolieron el celibato clerical, han querido obligar á los pobres á no casarse, y varios escritores de la secta no se han avergonzado de publicar folletos, cuyo solo título ruboriza, con el objeto de que no se aumenten las familias. Compárese esta conducta con la caridad que mostraron los religiosos de la Redención. (Puede verse la Hist. de la reform. protest. por William Cobett).

les. Predicando «que el Papa era el Anticristo, los obispos hijos de Satanás, la libertad humana una invencion, un mero título que nada significaba de real y positivo, y que el cristiano no estaba sujeto á las leyes;» fácilmente se conciben los funestísimos efectos que tales máximas habian de producir. Añádase á esto su errónea doctrina sobre la justificacion y la inamabilidad de la gracia, y nos convenceremos de que no era posible que subsistiese por mucho tiempo la sociedad, si las nuevas sectas llegaban á adquirir prosélitos (1). Los adquirieron, Excmo. Sr., porque los tendrán siempre las doctrinas que favorecen á las pasiones. Los nuevos doctores desecharon desde luego todo principio de autoridad, entregaron la Biblia al juicio particular para que fuese el manantial fecundo de todos los errores, y fieles á las tradiciones de sus padres en la herejía, vomitaron mil injurias, del modo mas furioso y brutal, contra el centro de la unidad católica, contra la Silla romana, á cuyos pies vienen siempre á estrellarse todas las falsas doctrinas. Aparentando una gran erudicion, despreciaban á los teólogos católicos por la falta de conocimientos en las lenguas sábias, de las que ellos abusaban para mejor adulterar el sentido de las santas Escrituras, y dedicándose al estudio de las ciencias naturales, de ellas se prevalian para hacer la guerra á la verdadera Religion. En este estado de cosas, era necesario oponer un remedio eficaz al mal que cundia con asombrosa rapidez, merced á lo favorables que fueron al protestantismo todas las circuns-

(1) No puede inventarse un sistema mas propio para echar por tierra toda la moral y quitar al hombre el saludable freno del remordimiento, que el de Lutero sobre la justificacion. Decia que no era necesario otra cosa para conseguirla, sino la fe de estar justificado, y que nada podia dañar al fiel sino la falta de esta misma fe. Se deja conocer que quien profese estos principios tan cómodos como erróneos, no se abstendrá mucho de pecar teniendo un medio tan sencillo de justificarse. Asi es que Lutero no se avergonzaba de escribir las siguientes palabras: «Cree firmemente y peca mas fuertemente. Con tal que creas que estás justificado, nada te dañarán cien adulterios ni mil estupros.» Santo Dios! Y ¿son estos los reformadores de vuestra Iglesia? Asegurando por otra parte Calvino que la justificacion es inamisible, claro es que los hombres de su secta tienen poco en qué reparar cuando se vean en peligro de pecar. ¡Y aun se nos dice que los corifeos de la reforma emanciparon el pensamiento, que estaba esclavizado por las doctrinas católicas! ¡Feliz esclavitud que impide caer en tales errores!

tancias, y hacer de modo que la causa del error no llevase ventajas á la causa de la verdad.

Para esto fué instituida la inclita Compañía de Jesús, madre fecunda de varones santos y sábios, suscitada por Dios para remediar estas graves necesidades, para servir de consuelo á la Iglesia atribulada y ser el mas formidable enemigo que jamás ha tenido la reforma. Los Jesuitas se dedican desde su principio con incansable aplicacion al estudio de las ciencias, conducen de frente todos los conocimientos, sobresalen en los relativos á las lenguas sábias y á las ciencias naturales, y forman en la piedad y en la ciencia á la juventud estudiosa, á quien los herejes procuraban atraer á sus banderas. Impugnan los nuevos errores con admirable sabiduria, resisten á las perniciosas doctrinas con apostólica firmeza, acuden á donde quiera que la fe se ve en peligro, se multiplican para detener el mal, instruyendo al pueblo para que no se deje alucinar, y siendo siempre y en todo el reverso de los pretendidos reformadores, se declaran defensores acérrimos de la Santa Sede, á quien se ligan con un nuevo voto de obediencia. ¿Quién podrá enumerar los beneficios que á la Religion y á la sociedad ha hecho este célebre instituto? En todas partes trabaja sin cesar por estender el reino de Dios y hacer felices á los hombres; y ni la ingratitud, ni la envidia, ni la persecucion es capaz de entibiar en lo mas mínimo su ardoroso celo. Los grandes servicios que prestó á la Iglesia y á los pueblos, le adquirieron desde luego una fama sin igual, y los enemigos de la Religion católica, al paso que juraron la ruina y esterminio de los hijos de Loyola, cuya existencia era incompatible con sus planes anti-cristianos, se vieron precisados á confesar su mérito extraordinario. Seríamos interminables si quisiésemos hacer mención de los ilustres varones que de su seno han salido.

¿Quién no ha oido hablar de los Lainez y Salmerones, teólogos profundos y admiracion del concilio de Trento? ¿Quién no tiene noticia, tratándose de esposicion de la Sagrada Escritura, de los Alápides, Tirinos, Menoquios, Maldonados y otros mil? ¿Quién habrá estudiado á fondo una cuestion dogmática sin consultar al esclarecido Petavio? ¿Y qué diremos de los Suarez, Vazquez, Toledos, Lugos, Valencias y esa série no interrumpida de eminentes

tes teólogos, continuada hasta nosotros y que tan dignamente cierran en nuestros dias los Perrones y Pasallas?... Belarmino se distingue por la controversia, Bourdaloue hace resonar sus acentos evangélicos en presencia de los monarcas y es mirado como modelo de elocuencia cristiana, y el P. Berthier merece la singularísima distincion de ser colocado en el catálogo de los Padres apostólicos por su preciosa esposicion de los Salmos.

Ni son los estudios teológicos de los que únicamente se ocupan los Jesuitas, sino que escriben tratados, justamente celebrados, sobre todos los ramos que abraza el saber humano. «Los Padres de la Compañía de Jesús, dice el ilustre autor del *Genio del Cristianismo* (1), eran naturalistas, químicos y botánicos, matemáticos, maquinistas y astrónomos; poetas, historiadores, traductores, anticuarios, diaristas...; en una palabra, no hay ramo alguno en las ciencias que no hayan cultivado los Jesuitas con esplendor.» Son mas de doce mil los escritores que cuenta esta orden sabia, número que parecería exagerado, atendido el corto tiempo que sus enemigos la dejaron vivir en paz, si las bibliotecas no lo demostrasen con sus volúmenes al hombre mas incrédulo. No hay un literato ¿qué decimos? no hay estudiante que no maneje diariamente las producciones de esta Sociedad, tan distinguida en letras humanas como en Religion. Su método de enseñanza era admirable: de sus escuelas han salido los hombres mas eminentes, y por eso su estincion fué vivamente sentida por todos los que se interesaban en el bien de la juventud y en el perfeccionamiento de las ciencias. «La Europa sabia, dice el citado Chateaubriand, sufrió una pérdida irreparable con la espulsion de los Jesuitas, de tal manera que la educacion no se ha repuesto desde que ellos cayeron.»

¿Y quién podrá apreciar dignamente los beneficios dispensados á la causa de la humanidad y de la civilizacion por los hijos de Loyola, en sus numerosas misiones? ¿A cuántas artes y piadosos disfraces y mudanzas de vida y de costumbres se sujetaron para lograr que les oyesen con gusto los desgraciados idólatras y conseguir traerlos al conocimiento de la ver-

(1) Part. 4.<sup>a</sup>, lib. 6.<sup>o</sup>, cap. 5.<sup>o</sup>

dadera Religion? Ya se hacen mandarines y letrados, ya cazadores y salvajes, ya penitentes de la India, sujetándose á terribles mortificaciones. Y como el celo siempre es ingenioso como la caridad de quien es hijo, si observan que los feroces habitantes del desierto solamente se domestican con los encantos de la música, al momento les vemos armarse de diferentes instrumentos, y con suaves y armoniosos cánticos consiguen atraer á los salvajes para anunciarles las verdades de la fé. De este modo, con esta admirable caridad, con estas fatigas apostólicas, con esta constancia invencible, alcanzaron aquellos triunfos, cuya relacion tanto nos embelesa. ¿Quién habrá leído sin sentirse profundamente conmovido, la historia de los prodigios del Paraguay, y habrá meditado con ojos enjutos la felicidad que lograron establecer allí, donde ellos solos estaban? ¿Qué cosa puede darse mas encantadora, qué semejanza mas propia de la dicha de nuestros primeros padres, antes de su pecado, que la que disfrutaban los afortunados habitantes de aquellas reducciones, á la sombra de la autoridad y bajo el gobierno paternal de los Padres de la Compañía?... Pero ¡ay!!! desapareció ya con la espulsion de los Jesuitas aquel dichoso paraíso que ellos habian plantado sobre la tierra; mas su recuerdo demostrará eternamente que el instituto de San Ignacio fué el ejecutor de tales maravillas, que sus enemigos tuvieron el triste mérito de destruir. La China y el Japon, en donde estos infatigables apóstoles ganaron millares de almas para Jesucristo, pudieran contarnos igualmente sus generosos sacrificios, si el despotismo oriental no hubiera borrado con la sangre de innumerables víctimas el nombre cristiano.

La falta de instruccion de los niños pobres en las primeras letras y especialmente en el conocimiento de la Religion, fué otra necesidad que se propuso remediar el instituto de las Escuelas Pias, fundado por nuestro compatriota San José de Calasanz (1). A los tres votos co-

(1) España puede gloriarse de ser la patria de un gran número de fundadores y reformadores de los institutos religiosos. Santo Domingo de Guzman, San Ignacio de Loyola, San José de Calasanz, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, todos fueron españoles. Aunque San Juan de Dios fué portugués, sin embargo en España se convirtió y

munes á todas las religiones, quiso el Santo fundador que añadiesen sus hijos el cuarto de enseñar gratuitamente á los niños pobres á leer, escribir, contar y la gramática latina; pero especialmente el catecismo de la doctrina cristiana. Fácilmente comprenderá los beneficios dispensados á la sociedad por los religiosos de la Escuela Pia, quien considere lo que puede esperarse de la buena educacion de los niños, de la cual pende todo lo que han de ser en la edad mas avanzada. Tan útil como es á la sociedad el fruto de estas tareas, son pesadas y amargas para los que á ellas se consagran: es necesario un gran fondo de virtud y de mansedumbre para sobrellevar las incomodidades anejas al magisterio, y para gobernar á tantos niños de caracteres tan opuestos y costumbres tan distintas. Solas las corporaciones religiosas pueden llenar dignamente este encargo y cumplir estos deberes, á lo que les impele su profesion y la memoria de los votos con que se han ligado en presencia de Dios y de los hombres. Los maestros particulares, por dignos, por celosos que sean, no es posible que llenen el vacío de los institutos religiosos en esta parte. La esperiencia demuestra esta verdad que las circunstancias presentes nos impiden esplanar. El carácter sagrado de que se hallan revestidos los individuos de estas órdenes, y la vida evangélica que profesan, les dan tambien mayor autoridad é influencia sobre el ánimo de sus discípulos para decirles con libertad: «Venid, hijos, escuchadnos, y os enseñaremos el temor del Señor (1).» El temor del Señor, base de toda buena educa-

fundó su caritativo instituto. Tambien pertenece á nuestra nacion la gloria de la ilustre orden de Nuestra Señora de la Merced, pues aunque San Pedro Nolasco su fundador, no fué español, sino francés; pero hallándose el Santo en Barcelona, en donde pasó la mayor parte de su vida, tuvo la vision en que la Santísima Virgen le manifestó su voluntad de que fundase un instituto, bajo su advocacion, con el objeto de redimir á los cautivos cristianos. Igual aviso recibieron, y en la misma forma, San Raimundo de Peñafort, confesor de Nolasco, y don Jaime, rey de Aragon. Los tres obraron de acuerdo en esta grande empresa, y en el dia señalado hizo San Pedro Nolasco sus votos en manos del obispo de Barcelona, asistiendo el rey, y predicando San Raimundo. Amantes de las glorias de la Iglesia española, aprovechamos gustosos la ocasion de recordar este hecho que tanto la honra, como prueba de la gran piedad y celo por la Religion que ha distinguido siempre á los católicos españoles.

(1) Salmo 33.

cion y que es lo primero que debe enseñarse al niño, porque es el principio de la sabiduría; el temor del Señor, sin el cual la ciencia es perjudicial lejos de ser saludable, porque destruye en vez de edificar; el temor del Señor, sin el cual la luz de la filosofia y de los conocimientos humanos no ilumina, sino que abrasa. Los niños que oyen diariamente estas lecciones de boca de los ministros del Señor no las escuchan en vano: con razon podemos compararlos á un árbol que, plantado junto á las corrientes de las aguas, dará hermosos frutos á su tiempo (1).

¿Y qué no pudiéramos decir, si el tiempo nos lo permitiera, de tantos otros institutos religiosos creados espresamente para remediar alguna necesidad y socorrer alguna miseria? Aquí veremos á San Camilo de Lelis fundando una congregacion que tenga por objeto consolar y auxiliar á los hombres en el trance terrible de su agonía, en el momento crítico de pasar de esta vida á la eternidad; allí á San Juan de Dios siendo el padre de los pobres, instituyendo una orden que se dedique al servicio de los hospitales para aliviar las dolencias de la afligida humanidad; ya se ofrece á nuestra vista San Gerónimo Emiliano, erigiendo casas para recoger á los huérfanos que no tienen quien les mire con compasion y creando un nuevo instituto con tan benéfico objeto; ya San Felipe Neri que, deseando oponer un remedio á la corrupcion de la juventud y promover la frecuencia de los Sacramentos, desgraciadamente abandonada, instituye su Oratorio, de donde han salido tantos dignos sacerdotes, honor de su estado y celosos del bien de las almas; y finalmente, aparece San Vicente de Paul, el hombre de la caridad, que todo lo emprende y todo lo hace por el bien de sus semejantes. Entre las muchas obras llevadas á feliz término por su celo infatigable (2), será siempre justa-

(1) Salmo 1.

(2) Asombran verdaderamente las muchas y grandes cosas que emprendió y llevó á cabo San Vicente de Paul, guiado y sostenido por su inagotable caridad. Además del instituto de las Hermanas de la caridad, fundó el hospital de niños espósitos, el de los pobres ancianos, el de los galeotes de Marsella, el colegio de los sacerdotes de la mision, las cofradías de socorro en las parroquias, las hermandades de señoras para el servicio del hospital general, y en fin los retiros para aquellos que deseen elegir estado de vida y no estan

mente celebrada la fundacion de las Hermanas de la caridad, ángeles de paz, gloria de su sexo, honor de la Religion católica. ¿Qué espectáculo tan tierno é interesante ofrecen estas religiosas, en la flor de la edad y de la belleza, ejerciendo en nombre de Dios el oficio de médico á la cabecera de los pobres enfermos! ¿Qué consolador es el verlas socorriendo al hombre, abrumado con los dolores y trabajos, hablándole del cielo y curándole las llagas mas repugnantes! Verlas de dia y de noche, siempre con semblante igual, siempre con la misma dulzura, prodigando á los desgraciados los cuidados que mas se oponen á la delicadeza de su sexo! ¿Contemplantas sufriendo con inalterable paciencia los insultos y desprecios con que corresponden á su solicitud cariñosa seres envejecidos tal vez en el crimen! Pero sobre todo, ¡qué bello, qué magnífico es considerar á estas vírgenes cristianas recogiendo en el hospicio al niño abandonado por una madre cruel, y fomentar en su casto seno al infeliz recién nacido, convirtiéndose por caridad en madres adoptivas de quien es desechado por su madre natural!! Que se nos diga ahora que los institutos religiosos son inútiles, que son perjudiciales al bien de los pueblos. Luego es perjudicial, diremos nosotros, luego es inútil el socorrer las necesidades ajenas, el consagrarse al alivio de los desgraciados. «Gocemos de nuestros placeres y dejemos al triste y necesitado morir en su miseria y en su desesperacion:» esta es en resumen la doctrina de los adversarios de la vida religiosa. Tales enemigos honran ciertamente á los frailes.

decididos todavia. Descartamos saber quién entre todos los filósofos ha amado á la humanidad y hecho tanto por su bienestar, como este virtuoso sacerdote. A pesar de todo, no leemos en su vida que dejara escrito ningun tratado sobre la dignidad del hombre y sus derechos imprescriptibles, que es el tema obligado de nuestros adversarios. Tal es el modo de proceder del catolicismo. Habla poco de derechos, recuerda frecuentemente los deberes y despues, cuando llega el caso, todo es caridad y amor para el pobre y desgraciado. Al contrario sus enemigos: tienen sin cesar en la boca la dignidad del hombre, sus derechos, sus sufrimientos; pero en el dia de la prueba ni en su corazon hay ternura, ni lágrimas en sus ojos, ni les vemos hacer nada para aliviar las desgracias de ese hombre á quien ensalzan. ¡Cuánto mejor seria que hiciesen lo que dice el Apóstol San Juan y que el catolicismo tiene siempre muy presente: *Filioli mei, non diligamus verbo neque lingua; sed opere et veritate!* (Epist. 1.ª, cap. 3.ª, v. 18.)

Ya que no nos es posible hablar detenidamente de todos los prodigios de caridad que han hecho en los últimos tiempos los institutos religiosos, y de todos los beneficios de que la sociedad les es deudora, podríamos no consagrar un recuerdo á las misiones á que con tanto ardor se han dedicado? Nuestros adversarios, que tan amantes son de la humanidad y tan celosos se muestran del triunfo de la civilización y de la propagación de las luces, nos agradecerán seguramente que les traigamos á la memoria lo mucho que bajo este aspecto debe el mundo á las órdenes religiosas. Todas ellas tienen mas ó menos parte en esta gloriosa obra, pues además de las que por su instituto se consagran exclusivamente á las misiones, son muchos los individuos que han salido de las restantes para predicar el Evangelio á los pueblos bárbaros. Y ciertamente que son muy acreedores á nuestra admiración y á nuestras alabanzas unos hombres que, desprendiéndose de todo, abandonan la compañía de sus padres y parientes, renuncian á las dulzuras de la amistad y á las comodidades de la casa, con el único objeto de hacer felices á unos seres embrutecidos y de quienes nada pueden esperar sino la persecución y la muerte. En este punto deben elogiarles aun sus mismos enemigos; pues es cierto que, prescindiendo del conocimiento de la Religión, introducen en aquellos remotos países la civilización y hacen gustar á los infelices salvajes las dulzuras de la vida social. Nada importa que para realizar su benéfico pensamiento sea necesario atravesar selvas inmensas y fragosas, pasar lagos pantanosos y rios peligrosos, trepar inaccesibles peñascos, hacer frente á naciones crueles y supersticiosas, vencer en unas partes la ignorancia propia de la barbarie, y en otras las preocupaciones hijas de la falta de educación; nada importa, decimos, todo esto: el misionero á todo se acomoda fácilmente, y los mayores trabajos son para él un gran consuelo, si con ellos logra hacer un beneficio á sus prójimos desgraciados. Las mas grandes privaciones son ordinarias en estos varones apostólicos, que rodeados en todas partes de peligros, como San Pablo, saben como él hacerse todo para todos con el fin de ganar á todos para Jesucristo. Y cuando despues de largas fatigas consiguen reunir algunos á su rededor, los mi-

sioneros se transforman al punto en maestros de las artes y oficios necesarios para la vida: enseñan á sus neófitos á levantar casas, á labrar la tierra y á todo lo que puede contribuir á su comodidad. No son estos hechos puramente históricos, Excmo. señor; ni cosas ejecutadas en tiempos remotos: son de hoy, están pasando á nuestra vista. La América, la Oceanía, el Canadá, diferentes partes de Africa y del Asia, la China y el Tonk-Kin, son actualmente el glorioso teatro de los trabajos y fatigas de nuestros misioneros. En todas partes anuncian la buena nueva con éxito feliz, hacen dichosos á hombres desgraciados, y ponen el sello á su ardiente caridad con el derramamiento de su sangre. ¡Plugiera á Dios que los católicos de Europa, comprendiendo mejor nuestros deberes de cristianos, y haciendo por la verdad una parte de los sacrificios que nuestros adversarios hacen por estender el error, cooperásemos, como es justo, á las fatigas de los misioneros, interesándonos por la grande obra de la propagación de la fé! ¡Ojalá que coadyuvásemos al triunfo del Evangelio y de la civilización, en vez de entretenernos en calumniar y ridiculizar en novelas y periódicos los grandes esfuerzos y el celo sagrado de los hombres apostólicos! Si se considerasen sin preocupación los grandes bienes que dispensan las misiones á los hijos del desierto; si se estudiasen las acciones de los misioneros con imparcialidad, como es debido, seguros estamos que aun los que no creen en la verdad de la Religión, aun aquellos que califican de fanatismo este celo apostólico, esclamarían en su asombro, tomando las palabras de un profeta: «¡Qué hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien!» (Isai. 52, 7).

Hemos recorrido, Excmo. señor, aunque de una manera rapidísima, como lo exige la naturaleza de estos discursos, la historia de los institutos religiosos, y hemos visto que ella es la de los beneficios hechos á la humanidad. Educación é instrucción de la juventud, moralización del pueblo, cultivo y perfeccionamiento de las ciencias y de las artes, socorro de los pobres, alivio de los enfermos, civilización de los salvajes.... todo esto hemos visto, ó por decirlo mejor, todo esto es la historia de las órdenes religiosas. No se ha presentado una

necesidad que ellas no hayan remediado, previniéndolas muchas veces. En vista de esto no alcanzamos cómo estas corporaciones han sido constantemente el blanco de la calumnia y de la persecución; no comprendemos cómo ha podido asegurarse con admirable serenidad que nada las debe el mundo, que han sido inútiles siempre, perjudiciales muchas veces. Ni nos sorprende menos que algunos de nuestros adversarios, despues de confesar la verdad de todo lo que dejamos espuesto, y conceder por consecuencia que las corporaciones religiosas han sido útiles y provechosas en otros tiempos, digan sin embargo que son perjudiciales en la época presente é incompatibles con nuestra civilización. Sentimos mucho que no sea esta la ocasión mas oportuna para responder cumplidamente á semejante reflexión, y pues el tiempo insta, solo observaremos de paso que siendo siempre uno mismo el espíritu que anima á la Religión católica, y los institutos religiosos, frutos naturales que la misma Religión produce, no pueden menos de ser tales corporaciones en el siglo diez y nueve, lo que fueron en todos los anteriores: el remedio de las necesidades religiosas y sociales; y estamos intimamente persuadidos de que jamás habrán sido tan ventajosos como lo serian en la época actual, en la que nos atrevemos á asegurar que son casi absolutamente necesarios, si se han de remediar los graves males que nos afligen y evitar los mayores que aun nos amenazan. Porque discurriendo de buena fé, ¿cuándo han sido mas necesarios, que en nuestros dias, institutos religiosos que haciendo profesión de pobreza y renunciando á su propia voluntad para tenerla sometida á la de sus superiores, se presenten al pueblo, estraviado por las perversas doctrinas del socialismo, de la insubordinación é independencia, para predicarle la resignación en los trabajos, el respeto debido á la propiedad y la obediencia á las autoridades así eclesiásticas como civiles? ¿No son graves las necesidades de la clase pobre, que forma la mayoría de la sociedad? El pauperismo, asombrosamente estendido en los países vecinos, ¿no amenaza horriblemente nuestro porvenir? Pues si esto es así, bien se deja conocer la conveniencia de corporaciones religiosas que tengan por exclusivo objeto socorrer al pobre y recaudar limosnas de todos los cris-

tianos, para remediar con plan fijo y bajo un buen sistema estos males que jamás podrá aliviar la caridad de los particulares, por grandes que sean los sacrificios que haga y esecente el espíritu que la anime. Y ¿no conviene todos en que es preciso educar religiosamente, al mismo tiempo que se la instruye en los conocimientos humanos, á esa brillante juventud, que debiera ser la esperanza y el consuelo de la patria; pero que estraviada con la lectura de tantas obras antisociales, impías y aun verdaderamente ateas, llegará á ser la causa de todas nuestras desgracias, y dará por necesidad dias de luto y amargura á esta desventurada nación? Pues entonces ¿cómo no han de ser útiles y provechosas en nuestra época, mas que en cualquiera otra, las órdenes religiosas que tienen por objeto dedicarse á la gloriosa obra de formar los jóvenes en la piedad y en la ciencia? Estas corporaciones en el punto que nos ocupa tienen á su favor, omitiendo otras consideraciones, la historia de sus servicios, y no ha sido necesario que pasase mucho tiempo para que se reconociesen y se anunciase públicamente las ventajas del instituto de las Escuelas Pías, restablecido con aplauso de todos. Y ¿se ha podido olvidar la educación esmerada que recibían los jóvenes de los PP. Jesuitas, y que de sus colegios han salido aquellos hombres probos que, adictos á los buenos principios que en las aulas habian aprendido, han sido el apoyo de la Religión y de la monarquía y el obstáculo mas invencible con que han tropezado siempre los enemigos de Dios y del trono? ¿Cómo, pues, hemos de creer que seria inútil, que no tendria objeto hoy este instituto? Esto seria lo mismo que decir que cuando se aumentan los dolores y las enfermedades, entonces están de mas; son inútiles la medicina y los médicos. Afortunadamente no es así como discurren los hombres sensatos é imparciales, cualquiera que sea por otra parte su opinión política. El tiempo no pasa en vano, y ya se ha conocido lo que significan y lo que valen las declamaciones contra las órdenes religiosas. Sus enemigos no se han declarado contra ellas solamente: la Religión, la monarquía, la propiedad han sido atacadas sucesivamente y por muchos de aquella clase de hombres que no quieren frailes, y las objeciones